CAPÍTULO IV.

LOS TOROS EN MADRID.

COMIENZO por hacer mi profesión de fe.

Ni soy afecto á las corridas de toros, ni mucho menos me agrada la gente de coleta.

Creo que cada uno puede, en cierto género de cosas, pensar como mejor le plazca, y tener acerca de ello las ideas que más le sean de su agrado.

Por eso no tengo empacho en confesar la ninguna afición que por *lidiadores* y *lidias* poseo.

Tengo para mí que llegará una época, quizá no remota, en la cual se suprima por completo el tan poco grato espectáculo, dignísimo de los tiempos romanos, en que el pueblo vociferaba á más no poder, y silbaba produciendo un estruendo colosal, en esos circos donde las fieras luchaban con los hombres en combate formidable, sobre la arena ensangrentada.

Ya se vió cómo en Paris, por ejemplo, fracasaron las corridas, por más que se quisieron presentar con todos los atractivos y colores brillantes del mayor entusiasmo.

Nuestras corridas de toros son fiel reflejo de las corridas de España, al menos las de Madrid que ví, y de otros lugares de que tengo noticia.

El propio alboroto, el mismo regocijo, el movimiento inusitado y feérico de gente y de carruajes, animando las calles

y avenidas y paseos, á la ida y al regreso de la plaza; todo es idéntico, todo semejante, todo igual.

En Madrid, cuando hierve la coronada Villa (permítaseme la frase) al calor de las corridas de toros, donde los más afamados diestros se anuncian con tamañas letras en grandes cartelones, mírase México retratado de cuerpo entero.

En México, cuando aquel entusiasta período en que no sé cuántas plazas se alzaron, si se recuerda bien el ir y venir del público taurófilo, y la animación que imperaba en nuestras avenidas, podrá juzgarse de Madrid en esos días en que, desbordado como un río fuera de cauce, no tiene límites el entusiasmo popular.

Como que somos rama del mismo tronco.

Para conocer á fondo las costumbres de un pueblo, si quieren estudiarse, hay que meterse por todos los rincones, recorrer desde lo más encumbrado hasta lo más bajo, tomar al natural croquis de todo género y bosquejar después, con buena copia de datos, la fisonomía especial, característica, propia de aquel grupo de la humanidad, puesto en el campo de la más prolija observación.

Tal cosa, aunque no tan á fondo, quise hacer especialmente en Madrid.

Era pues, forzoso, necesario, indispensable, palpar una corrida de toros en la tierra clásica de las lides taurinas; necesitaba, sin excusa ni pretexto, dejar consignado en mi cartera de viaje ese otro dato de paralelismo entre aquel pueblo y nuestro pueblo; y echando á un lado profesiones de fe y escrúpulos y opiniones (puesto que para tener éstas hay que ver el pro y el contra), había que encaramarse en un ómnibus, caminar rumbo al teatro de la lid y tomar participación ¡qué remedio! en el desbordamiento del entusiasmo inevitable en esta clase de excitantes diversiones.

La oportunidad que se me presentó un día fué tan brillante, como que creo que pocas veces podrá, en el transcurso de no poco tiempo, repetirse.

Hallábanse á la sazón, en Madrid, por el mes de Noviembre del año 1892, los reyes de Portugal Don Carlos de Braganza y su joven consorte Doña Amelia de Orleans, y se trató de dar, con asistencia de ambas cortes, la hispánica y la lusitana, una verdadera corrida *regia;* tanto por quienes honraran con su asistencia el acto, como por lo renombrado de los espadas que desplegarían todo el brillo de su ingenio y su destreza, para el completo lucimiento de tan magnífica función.

Tres famosos capitanes se anunciaron para matar en esa tarde, uno de ellos ya conocido de nosotros: aquel Mazzantini, que conserva de México recuerdos gratos; el ya decrépito Lagartijo, hoy retirado del arte, y el célebre Guerrita, tan aventajado como sus compañeros en el manejo de todo el arsenal tauromáquico.

Los toros serían de la ganadería del Duque de Veraguas, grandes y valientes; nada, pues, quedaba por desearse. La corrida iba á ser soberbia, y de seguro haría eco en los anales taurinos de toda la Península.

Inútil es decir que Madrid entero prometíase colmar la plaza; y, como en todas partes cuecen habas, según dicho corriente, allá como aquí, los revendedores también *hicieron su agosto.*

La fama de hermosura y rasgos singulares de carácter de la reina Amelia, llevó á la plaza gran número de curiosos, ávidos de conocer á la jovial soberana.

Las calles se animaron de una manera extraordinaria; por sus aceras caminaba la gente en apretadas filas; por las avenidas que desembocan en la Puerta del Sol, hileras de ómnibus atestados de concurrentes al espectáculo, apercibíanse á reventar, si posible hubiera sido, á sus impacientes brutos bajo el látigo, á fin de llegar los primeros á las afueras de la plaza. Los tranvías de las "Ventas" ¡ni se diga! Y cuidado que en cada coche no se admite más que estricto y determinadísimo número de pasajeros, según el número de asientos

y la amplitud del vehículo; amén de toda la gente que ni en carruaje, ni en tranvía ni en ómnibus dirigíase al teatro de la fiesta.

No cabía duda de que, además de lo atrayente de aquello, se adivinaba en el fondo cierta novedad que ponía al acontecimiento el sello de lo extraordinario é inusitado. No ví por cierto, en las calles de Madrid, mayor entusiasmo ni más gente, el día en que los mismos reyes de Portugal hicieron su brillante entrada á la ciudad en grandes carrozas y entre una valla de soldados que formaban desde la nueva estación del ferrocarril del Mediodía hasta el Palacio Real.

A buena hora, distinguimos á lo lejos la gran mole de la plaza, que á respetable distancia de la Villa se alza, en sus afueras, hecho el recinto todo de mampostería y de gracioso y acabado estilo mudéjar, tan propio para esta clase de edificios, y uno de tantos rasgos de la sin par arquitectura árabe. Es obra de muy reciente construcción la de la plaza, terminada y estrenada en 1874. El edificio se descubre enteramente aislado, amplio y airoso, y coronándolo todo, flotaba al viento aquella vez el pabellón de España.

A duras penas logramos la entrada, un tanto cuanto tumultuosa, y al fin nos instalamos en sitio donde todo se pudiese dominar.

El interior, espacioso y bello, tal como me lo imaginaba encontrábase literalmente colmado: el conjunto agradable y hermoso, y en los palcos las damas todas de la Corte con blancas mantillas cubriendo la cabeza, con ese donaire y especialísima gracia de las españolas, tan singular y celebrada.

A la hora señalada en el programa aparecieron, con notable exactitud, en el palco regio, los reyes de Portugal, acompañados de la Reina Regente y de la Infanta de España Doña Isabel de Borbón, con la alta servidumbre de su casa.

La concurrencia toda, como un autómata, se puso en pie y saludó con aplausos estruendosos á su Reina y á los augustos huéspedes; y desde aquel instante, las miradas todas se

dirigían al palco que en aquella ocasión se hallaba tan honrado.

La fiesta dió comienzo saliendo la cuadrilla á saludar, ostentando todos los que la formaban ricos trajes, y la lidia principió.

En los toros, y en cortísimo espacio de tiempo, se camina de sensación en sensación; ya es la salida del toro; ya es un desgraciado caballo en cuyo estómago hunde la bestia fiera el asta; ya, en suma, es un lidiador á quien hiere mortalmente el animal, que enfurecido tiende á defenderse contra el que lo ataca, y aquí la destreza y habilidad y *ciencia* y arte del diestro; y aquí también las mofas y burlas, y silbidos ó aplausos ó vítores de la multitud, que pierde, en realidad, la noción social, y quizá y sin quizá, hasta la de su propio ser, para vociferar á más y mejor, y en masa, durante todo el espectáculo.

En honor también de la verdad, diré que en la corrida en que me ocupo, el público todo, congregado en palcos y sobre los tendidos de pórfido, dió muestras de respeto y de cultura.

La Reina Amelia se atrajo las miradas del concurso por su gracia y su entusiasmo, y aplaudía al par de todos y sonreía satisfecha; como que nació bajo el espléndido cielo de Sevilla, la sultana á quien besa el agua mansa del Guadalquivir soñoliento, la de la "gentil Giralda," la Sevilla de lo torero y lo flamenco.

Aquel día el héroe de la jornada y el que con más suerte pudo ceñir el lauro de la más completa victoria, fué Mazzantini: Lagartijo estuvo desgraciado y Guerrita magnífico y soberbio.

En las corridas ordinarias, aunque la gran plaza no se ve colmada, por necesitar para ello la friolera de veinte mil almas, según se dice, pueden entonces palparse las propias escenas que en nuestros idénticos espectáculos se han visto.

Realmente, la verdadera animación consiste, como al principio dije, ya en la ida á la plaza, ya al regreso de ella. Los ómnibus y los tranvías y los carruajes vuelven á henchirse de gente; el hormiguero humano zumba con ruido ensordecedor; la masa compacta que todo lo llena, va poco á poco disgregándose, pero para ser absorbida, y á las cuantas horas, por los teatros y por los cafés, donde se hace la vida de noche, y donde acaban los buenos ó malos comentarios acerca de la última corrida de toros.